Ahora nos llaman enfermos de Hansen, pero antes nos decían lázaros

Juan Zurita

A MÍ ME LLAMAN AQUÍ MACHINAZA, que quiere decir algo como resbaloso. Vine traído por gente de la sanidad de San Miguel. Soy Juan Efrén Zurita Yáñez y nací un 5 de enero o un 8 de enero. No recuerdo bien. Sé que voy a cumplir 84 años. Nací en San Miguel de Bolívar. Tengo tres hijos. Con esta edad ¿cómo no voy a tener hijos? Mis padres murieron hace como unos 50 o 60 años.

Aquí vivimos de la ayuda de las personas de buena voluntad, también del trabajo y del apoyo de las familias. Así vivo yo desde el año 1977, el 12 de marzo, exactamente. Tengo la idea de que en ese tiempo, yo resulté enfermo por una vacuna que me pusieron. Me gustaba el tequila y un día llegué a casa y estaba borracho. Habían vacunado a toda mi familia y me estaban esperando. Pero yo les rogaba que no me vacunaran porque estaba borracho y podía hacerme mal. Me acosté a dormir y, en la noche, como a las 12, me desperté sintiendo la cabeza pesada. Tenía hinchado todo el hombro una barbaridad. Me habían vacunado. No sabía qué hacer. Le dije entonces a mi mujer: "Ve a prepararme agüita con sal y ponme en la hinchazón". Cuando me levanté a la mañana siguiente, ya no podía tocar con mis manos porque me dolían. Apenas tocaba algo, gritaba del dolor. Entonces vino la inflamación de todo el cuerpo. A los tres o cuatro días de la inflamación

se me cayó todo el vello del cuerpo. Yo creo que el bacilo se pega donde hay vello y se come la raíz del vello. Se queda entonces uno pelado. Yo era bien barbado y ya sólo me quedan unos pelitos. Viví así un tiempo hasta que me trajeron aquí. Yo vine acá a los 17 años de que me salió la enfermedad de la vacuna. Pero creo que desde que nací he estado enfermo.

De chiquitico, *guagüito*, como decimos, parece que ya tenía una llaga, como una que tengo aún. Y entonces un doctor de Guaranda, un doctor Galarza, le dijo a mi madre: "Vea, el niño tiene lepra, es un lázaro", porque en esos tiempos así nos llamaban. Luego parece que me llevaron por Guayaquil, ahí me detectaron el Hansen. Me mandaron con tratamiento. No había ido a ningún otro hospital, sino que seguí con ese tratamiento pero iba empeorando. También porque me gustaba el trago. Incluso cuando llegué acá, aún me emborrachaba con amigos todo el tiempo. Después de que me detectaron la enfermedad, entré a una compañía a trabajar en alcantarillados. Ahí había un extranjero, un húngaro, que me decía:

- —Vea, está chorreándole sangre.
- —Sólo a los hombres de trabajo les sale la sangre —le contestaba.

Me chorreaba la sangre mucho. Cargaba los tubos en el hombro y me salía sangre. Me aguantaba porque ganábamos como 100 sucres diarios. ¡Ah! Es que era una compañía grande y trabajábamos con mis amigos. Hacíamos el alcantarillado y ya la gente, algunos, empezaron a decir: "Éste tiene una enfermedad contagiosa, hay que sacarlo de aquí". Algunas personas renegaban de mí. Pero como también tenía amigos, ellos me defendían. Con los mejores amigos tomábamos.

Se acabó la obra en Chillanes, y me dieron el pase a Macas. Llegué allá y le dije al gringo: "Señor, yo no voy a quedarme aquí, yo me vuelvo a mi tierra". Porque había un despeñadero que me daba miedo, un abismo. Pedí entonces el pase de regreso a Chillanes. Ahí habían quedado unas obras por acabar. Y me dijeron entonces que fuera a acabar esa obra. Cuando se terminó, me dieron la liquidación, como siete mil sucres. De ahí ya me fui a trabajar en un terreno que tenía, una casita. Fui a cosechar maíz, pero siguió empeorando mi enfermedad. Y la gente en Chillanes ya me rechazó. Dije: "Yo de aquí me voy". Para eso ya había un doctor que era de la campaña de la lepra y me quiso traer acá durante años, pero yo no quería venir. El día que empeoré quería meterme en una montaña de esas de Chillanes. Pensaba:

"Yo me voy para allá, a la montaña, pase lo que pase". Cargaba con una escopeta, pertrecho y un toldo, para meterme ahí, pero no llevaba fósforos. Tenía todo listo. En eso, mi mujer logró enterarse de que yo quería enrumbarme para allá, y le avisó a don Carlos Cárdenas. Él era de la sanidad y también era parte de la campaña del Hansen. Entonces él dijo: "Voy a llevarlo a Quito, de ahí no ha de salir. Ahí pórtese bien porque ahí usted ha de morir". Me trajo y me dejó aquí. Y, efectivamente, de aquí no me he ido. Aquí he hecho mi vida y aquí voy a morir. Aquí he trabajado. Todos hemos trabajado aquí, en las casas, yo hice este pasadizo hacia el quirófano, puse la baldosa. He trabajado noche y día para entregarlo un 15 de agosto para su inauguración. Por ejemplo, he sido carpintero, obrero, maestro albañil, enfermo, todo.

Cuando llegué, aquí vivían 130 personas. El hospital entonces estaba lleno. Y la comida era buena. Ahora ya ha desmejorado un poco. También ya estamos viejos y no comemos mucho. Pero sí nos dan menos. Con el presupuesto que aparentemente había del Estado —yo no conozco bien eso— se mantenía Dermatología; todo se mantenía con ese presupuesto. Ahora como ya estamos viejitos, ya no tenemos gran cosa. Tenemos apoyo de las damas, de las personas de buena voluntad. Pero ya poco, ya no hay mucho. El hospital era viejito, medio mal arreglado, el tumbado de tierra de lodo, eso se derrumbaba, golpeaba a los enfermitos, era de carrizo todo. Lo remodelaron con cemento. Todos los que podíamos trabajar, trabajamos aquí haciendo, ayudando, pero nos pagaban. Ganábamos pintando los pasamanos, todos trabajamos. Tratamos de llevarla bien.

La gente voluntaria, los de la cocina y nosotros, hemos sido como hermanos. Desconozco cómo habrá sido al inicio, cuando recién fue fundado, pero en mi tiempo fuimos todos una hermandad. Claro, el hospital fue creado para las personas con lepra, incluidos aquellos que venían de Pifo. Ahora nos llaman enfermos de Hansen, pero antes nos decían lázaros. En realidad éramos una hermandad. Ésta era y sigue siendo nuestra casa. Ahora todo está cambiando. A los enfermos ya no los hospitalizan. A veces se van y vuelven con las piernas putrefactas. De todas maneras ya no los internan. Los servicios que nos daban los médicos, enfermeras, todo ha sido bueno, nos han atendido bien.

Antes, los mismos pacientes éramos doctores para curar las heridas, cocineros, todo éramos. Teníamos que organizarnos adentro porque tenían



miedo a atendernos y tocarnos. Era triste ver cómo a veces los compañeros se morían y nadie los tocaba siquiera para darles un último aliento. Compañeros han muerto a diario. A veces se nos han ido tres, dos en un día. Y duele mucho. Aquí hay una relación de amistad con todos y también ha habido problemas. Es igual que una familia, con un padre que tiene unos ocho o diez hijos, tenemos entonces los mismos hermanos y comemos del mismo plato, en la misma mesa. Entonces la muerte de un compañero es como la muerte de un hermano. En ocasiones, los compañeros han amanecido muertos, otros han muerto graves en nuestros brazos. Ahí hemos sentido al amigo que se va. En ese caso hay que recibir la muerte con amor. Uno tiene que enfrentarla cuando está en familia, pero nunca se imagina que va a enterrar a tanta gente. Antes de venir aquí, uno no piensa en eso.

Mi vida antes era sólo trabajo y más trabajo. Desde que nací, trabajé, pues mis padres eran muy trabajadores. Tenía a mi mamá que era bravísima, por todo nos pegaba, nos daba unas palizas terribles. Ella cocinaba en unas ollas de barro con leña una comida deliciosa. Ya me habían dicho que tenía lepra, y mi mamá cuando se enojaba me recordaba que era un leproso. Tenía unos doce años. Ya tenía hasta un dedo muerto. Pero yo también sabía otras cosas sobre la enfermedad porque me gustaba leer. La curiosidad — porque no se conocía nada de la enfermedad— hacía que buscara información. Tenía las orejas hinchadas una barbaridad; tenía granos por todos lados. En los oídos había costras.

Cuando me vine para acá, la familia se quedó triste. Todos lloraban. También los amigos lloraron. Todos se quedaron muy dolidos. Yo fui muy querido por todos. Lloraban y preguntaban si me iba a morir. Volví a los 23 años. Entonces los amigos me dijeron que pensaban que ya me había muerto. Yo también pensaba que mi vida iba a acabarse aquí. No sabía en qué iba a parar.

Si yo hubiera podido en ese entonces, le hubiera pedido al gobierno que reconstruyera el hospital para seguir teniendo aquí a los enfermitos, porque nunca terminan de llegar. Algunos salen y vuelven sólo a revisión o vuelven graves. Pero todos se van llorando. Conozco a una compañera que era enfermita. Ella se fue bien morenita, por el tratamiento. Volvió después de 14 o 15 años con el pie con llagas. La internaron aquí. Siempre nos da pena ver cómo regresan los compañeros que han salido pensando que ya están bien. Cuan-

52

do vine y veía esos casos, quería destrozarme yo mismo. Pensaba que ya no tenía futuro. Pero, claro, había dejado a una familia en mi tierra. Me había casado cuando aún estaba sanito. Antes de casarme tuve novias. ¿Por qué no iba a tenerlas? No recuerdo cuántas novias tuve, pero sí recuerdo que las conquistaba tocando la guitarra. Con los amigos cantábamos, incluso. No como artistas buenos pero, cuando andábamos borrachos, sí lo hacíamos. Por ejemplo, yo tendría más o menos unos 18 años y vivía rodeado de mujeres. Unas me mordían, otras me pellizcaban, me hacían cosquillas en la barriga. Yo vivía de novio siempre. Casi toda la vida viví de novio. Pero olvidé los nombres. Ya son tantos años que se me olvidaron. Sí recuerdo que la primera novia la tuve a los 12 años.

Luego ya me casé y tuve tres hijos. Estamos por cumplir 60 años de matrimonio. Por suerte, mi esposa no tiene la enfermedad. Nos conocimos jovencitos. Ella era de una finca y yo de otra. Pero nos encontrábamos en bailes, o donde amigos. La fui conquistando y un día la robé de la casa de sus padres. Es que el enamorado puede conseguir muchas cosas. Entonces decidí hacer mi hogar con ella y me salió bien. Nunca me ha botado. Y eso que nos casamos a escondidas. Ya después de que nos casamos hablamos con sus padres, pero me dijeron que no me querían. Decían que era un ladrón; por llevármela, creo. Yo era cuatro años mayor que ella. Habríamos tenido, yo, unos 25 y, ella, algo como 20 años. Y, claro, yo me la robé, la saqué de la casa. Le dije: "Tú me quieres, ¿verdad? Si tú me quieres, si los dos nos queremos, vámonos". Y así nos fuimos. Compré un pedazo de terreno frente a la finca de mis suegros y ahí vivíamos. Pero mis suegros eran complicados. La mamá era bravísima, cogía el palo y salía a pelear. El papá no decía nada. Después, todo volvió a la calma, me querían un poco. Por lo menos ya no me insultaban. Mis papás no tuvieron la suerte de conocerla. Ellos ya habían muerto. Ella era bien trabajadora, era buena. Siempre ha sido fiel y ha estado firme conmigo. Hemos vivido felices.

Por suerte cuando llegué, sí nos dejaban tener pareja. Bueno, dejaban que nos visitaran, porque ahora no dejan que vivamos con ellas. Aquí se casaban entre los pacientes. Y también nos dejaban tener hijos. Ya con la mujer aquí en la pieza, ¿cómo no va uno a tener hijos? ¿No es eso lo normal? Si uno se casa, no va a tener a la mujer en un nicho. Si uno se casa es para hacer familia, para hacer un hogar, para tener quién cocine y quién abrigue.

Si uno se casa es para dormir juntos. Hay cosas maravillosas de tener una pareja. Es algo normal. Pero mis compañeros cuentan que antes se sufría mucho porque no había libertad para amarse.

Claro que en el hogar hay de todo, hay amor, hay voluntad, cariño, pero también hay peleas. De todo hay. Después de pelear se hace el amor. Ahí se acaba todo el enojo. Ya haciendo el amor, ella se quedaba tranquila. Acabando la pelea, ya se encuentra el amor de nuevo. Yo amo a mi esposa. La amo igual que cuando me casé, aunque ella haya vivido fuera del hospital. Yo tenía que irla a visitar. Ella vive aquí enfrente. Mi vida íntima en general ha sido buena. He vivido en la época en que ha habido libertad aquí en el hospital. Permiten que nos visiten la familia, los amigos.

Ahora lo único que espero es alcanzar la providencia de nuestro Señor, la misericordia de Él, nada más. Que Dios se compadezca de mí, y prepararme para morir. Antes de irme, pediría que se cuide al hospital. Porque las personas, los que estamos presentes, vamos a morir, pero los que vienen en el futuro, también deben poder utilizar este centro de salud. Eso no lo pido sólo yo. Lo pedimos todos, que el hospital se mantenga. Porque nosotros también somos personas. ¿Porque tenemos la lepra, el Hansen, como la llamen; o porque nos han llamado lázaros, vamos a perder nuestra humanidad? No. Que se compadezcan las autoridades y restablezcan esta casa de salud y que den a conocer la historia del hospital. Ojalá la conociera el mundo entero. Y que conociendo el mundo entero nuestra vida, tengan mejor suerte los que han de venir. Confiamos en que algún gobierno hará esa obra. Yo estoy seguro de que será una obra que nos ayude a nosotros, los enfermos de Hansen. Eso lo agradeceremos quienes ya nos hayamos ido y quienes vengan. Ahora, por ejemplo, nos han puesto a vivir con personas que tienen problemas de adicción. Tenemos buena relación con ellos. Pero nos tratan como si estuvieran esperando que muramos para componer todo esto. Sería bueno que algo pase antes de que nos vayamos.